

»ciat animum virilem, quam blandimenta foeminea, corporumque ille »contactus, sine quo uxor haberi non »potest.» Alio modo propter sollicitudinem quam ingerit homini de gubernatione uxoris et filiorum, et rerum temporalium quæ ad eorum sustentationem sufficiant. Unde Apostolus dicit (I ad Cor., cap. 7, v. 32), quod »qui sine uxore est, sollicitus est quæ »sunt Domini, quomodo placeat Deo; »qui autem cum uxore est, sollicitus »est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori.»

»Et ideo continentia perpetua requiritur ad perfectionem religionis, sicut voluntaria paupertas. Unde sicut damnatus est Vigilantius, qui adæquavit divitias paupertati, ita damnatus est Jovinianus, qui adæquavit matrimonium virginitati.»

Y como alguno pudiera decir que Abraham y otros Patriarcas de la antigua ley consiguieron la perfección siendo ricos y casados, á esto responde sabiamente Santo Tomás, en la solución al segundo argumento del citado art. 4 del modo siguiente:

«Nec tamen quia antiqui patres perfectionem animi simul cum divitiis et matrimonio habuerunt, quod ad magnitudinem virtutis pertinebat, propter hoc infirmiores quique debent præsumere se tantæ esse virtutis, ut cum divitiis et matrimonio possint ad perfectionem pervenire; sicut nec aliquis præsumit hostes inermis invadere, quia Samson cum mandibula asini multos hostium peremit. Nam illi patres, si tempus fuisset continentiae et paupertatis servandæ, studiosius hoc implesent.»

ARTÍCULO III

Excelencia del voto de obediencia, y cuánto ayuda para adquirir la perfección.

3660. Santo Tomás, en la 2.^a 2.^æ de su incomparable *Suma Teológica*, q. 186, art. 8, afirma y prueba que

el voto de obediencia no sólo es necesario para adquirir la perfección religiosa, sino que es el más excelente de los tres votos. He aquí cómo compendia Billuart las razones en que se apoya el Angélico Maestro:

«Inter ista tria vota potissimum est votum obedientiae: 1.^o, quia per illud aliquid magis Deo offertur quam per reliqua: per votum enim paupertatis offeruntur Deo bona fortunæ; per votum continentiae, corpus; per votum autem obedientiae ipse animus seu propria voluntas, quæ est quid majus bonis fortunæ et corporis; 2.^o, quia votum obedientiae continet sub se alia duo vota, sed non convertitur; quamvis enim religiosus teneatur ex voto servare continentiam et paupertatem, tamen hæc etiam sub obedientia cadunt; et in nostro Prædicatorum Ordine promittitur tantum *explicite* obedientia. Hinc Joannes XXII, extravag. *Quorundam, de verborum significationibus*, dicit: *Magna est paupertas, sed major continentia, maxima autem obedientia.*»

Deseo tratar con alguna extensión del voto de obediencia, porque puede decirse que es una virtud general que abraza todas las virtudes. La desobediencia y la insubordinación se han inoculado en todos los estados y clases de la sociedad, y aún las personas que por otra parte son buenas, quién más, quién menos, sin advertirlo, han bebido ó hemos bebido el veneno del libre examen sobre las disposiciones de los superiores y legítimas autoridades. En un librito que publiqué en el año de 1864 para instruir á los religiosos de obediencia del Orden Dominicano, cuyo título es: *Explicación de los tres votos solemnes de la profesión religiosa*, en el párrafo 8 trataba de la excelencia de la obediencia y cualidades que debe tener, y decía así:

«1.^o La obediencia es el camino seguro y cierto para llegar luego á la perfección, porque es de fe que los prelados representan á Dios; que el

que á ellos oye, á Dios oye, y el que á ellos desprecia, á Dios desprecia. ¡Oh hijo mío! No fuéramos tan defectuosos si meditáramos estas palabras del mismo Jesucristo. Ni en el tribunal de Dios nos servirá de excusa el decir que los prelados eran de poco talento, imprudentes, de mal genio, viejos, jóvenes, discretos ó ignorantes; porque ya nos había dicho el Espíritu Santo que obedeciésemos á los superiores, aunque fuesen *díscolos*.

»Mira, pues, hijo mío, qué seguridad, qué felicidad, qué consuelo, qué paz para el religioso el estar *cierto* de que obedeciendo al prelado obedece á Dios, cumple la voluntad de Dios, y hace siempre lo más perfecto. (Epístola I Petri, cap. 2, v. 18.)

»2.^o La obediencia tiene la virtud sobrenatural de hacer muy grandes y muy meritorias las cosas más pequeñas, porque las ensalza y sublima á un grado muy elevado; y es la razón, porque por medio del *voto* se hacen en reverencia de la Divina Majestad, pertenecen á la virtud de la religión, y son sacrificios muy aceptos al Señor. Hay más todavía: por la obediencia las cosas *naturales* se hacen meritorias, las cosas *indiferentes* se hacen santas: así es que el comer, dormir, pasear, y las recreaciones mismas, si se hacen por obediencia, son agradables á Dios, tienen mérito y serán premiadas en el cielo.

»Para que más te convenzas de esta verdad, te pondré las palabras literales de Santa Catalina de Sena, según Dios se las reveló (*Diálogos*, trat. VI, cap. 11):

«Todas las cosas se deben dejar por la obediencia. Si estuvieses elevada en tanta contemplación y unión del alma (con Dios), que también el cuerpo se levantase de la tierra á lo alto, por el precepto de la obediencia debes con todas tus fuerzas poner en ejecución la obediencia. Atiende también diligentemente que no debes levantarte de la oración en

»el tiempo conveniente, si no es que te fuerce la necesidad, caridad ó obediencia. Y dígotelo así, para que entiendas y conozcas cuánto quiero yo (Dios) que esté pronta (la obediencia) en mis siervos, y cuánto me es agradable. *Todas las cosas que hace un obediente, se le llegan* (sirven) *para su mérito*. Si come, por obediencia come; si duerme, con obediencia duerme; si va á alguna parte, por obediencia va; si está quedo, por obediencia está; si ayuna, con obediencia; si vela, con obediencia; si sirve al prójimo, con obediencia obra; si está en el coro, refectorio, ó en la celda, ¿quién le trae allí ó le hace estar? La obediencia. Con luz de la santísima fe, *muerto* humildemente para toda *propia* voluntad, se echó en los brazos de su prelado (que es representante de Dios): con esta obediencia descansa en *segurísima* nave; y navegó en el mar *proceloso* de la vida presente con *feliz prosperidad*, con alma serena y *sosiego de corazón*; apartó de sí cualquiera duda y temor inútil, renunciando su propia voluntad, ó de donde procedió la duda y temor desordenado.»

»Hasta aquí, hijo mío, son palabras del Señor á Santa Catalina de Sena.

»La persona obediente *no tiene por qué temer el juicio de Dios*, porque Jesucristo no le pedirá cuenta de lo que hizo con perfecta obediencia; y si se la tomase, le podía responder: «Jesús mío, yo hice *eso*, porque tú me lo mandaste; no hice *eso otro*, porque tú me lo prohibiste; lo que mandaba ó prohibía el prelado, tú me lo mandabas ó prohibías, porque *tú* me dijiste en el sagrado Evangelio que el prelado (ó prelada) estaba *en tu lugar*, y representaba á *ti*; que el que á él oía, á ti oía.» ¡Oh muerte feliz de la persona obediente! Comprueba esta verdad Santa Catalina de Sena en el trat. VI de sus *Diálogos*, cap. 10, donde dice:

«La obediencia hace que el alma navegue sobre los brazos de la Orden y de su prelado, y no sobre los suyos; porque el verdadero obediente no se obliga á dar razón de sí, sino solamente el prelado, á quien está sujeto.»

«Según esto, amantísimo hijo, debías estar muy enamorado de tal virtud y deleitarte en ella. ¿Quieres estar agradecido á los beneficios recibidos de mí? Sé obediente, porque la obediencia muestra claramente tu agradecimiento, porque procede de caridad. Ella muestra que no eres ignorante, porque procede del conocimiento de mi verdad en el Verbo, mi Hijo; porque El enseñó el camino de la obediencia como regla vuestra, porque fué obediente hasta la muerte en una cruz afrentosísima.»

«Y en el cap 12 dice así:

«La imperfección del prelado no causa detrimento alguno al que es verdaderamente obediente, antes le causa provecho muy frecuentemente; porque por la persecución que sufre injustamente, por las reprensiones indiscretas y graves mandatos que á veces se sufren de indiscretos prelados, adquiere y aumenta en sí la virtud de la obediencia, y de la paciencia, su hermana: ni le hace daño el lugar imperfecto.»

«Estas palabras de Dios á la iluminada Virgen Seráfica, imprímelas bien en tu corazón. Reconozco que al amor propio y al orgullo les parecen duras y molestas las condiciones de la obediencia perfecta; pero cuando se ofrecen grandes premios por Dios, no sólo temporales, sino también eternos, las personas que aspiran á la perfección hacen con gusto grandes sacrificios. El que aspire, pues, á poseer la obediencia en grado heroico, ha de procurar que tenga las cualidades siguientes:

3661. «1.^a La obediencia ha de ser de voluntad, es decir, que tu voluntad no ha de tener más querer ni no

querer que lo que quiere el prelado; porque queriendo tú lo que quiera el prelado, siempre cumples la voluntad de Dios, y quieres lo que es entonces para ti lo mejor. Obrando así, ofreces á Dios en sacrificio tu voluntad.»

«2.^a La obediencia ha de ser ciega, es decir, que no sólo has de obedecer con gusto, sino que ni has de pensar, juzgar, ni discurrir sobre lo que te mandan, ni por qué te lo mandan. No tengas, hijo mío, ojos para ver sobre las causas por que te mandan: hazlo ciegamente, considerando que Dios te lo manda por medio del prelado. Cuando una persona religiosa está con esta santa indiferencia para obedecer, por nada se inquieta: no cavila si es mejor esta oficina ó aquella, esta ocupación ó la otra; sino que mirando con los ojos de la fe que el prelado representa á Dios, oye su voz como la de Dios, y así, sin pararse á considerar si le pertenece ó no le pertenece, si es dulce ó agrio, suave ó áspero, pesado ó ligero, cierra las puertas de su entendimiento, y dice con Samuel: *Habla, Señor, porque oye tu siervo*; y con el apóstol San Pablo: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* ¡Oh hijo mío! Si tu obediencia es ciega de esta manera, no temerás á ningún prelado, aunque sea de mal genio. Te diré más: ni aún cuando se empeñase en mortificarte, podría lograrlo; porque teniendo tú fija la consideración en que hace las veces de Dios, te conducirías como en las enfermedades, pestes, terremotos y tempestades con que el Señor nos aflige para expiar nuestras culpas ó para purificar nuestros desordenados afectos, ó darnos más rutilante corona. De esta manera ofreces á Dios en silencio y humildad el sacrificio de tu entendimiento y de tu memoria. Diré más: aún cuando haya duda de si es pecaminosa la cosa mandada, el súbdito debe obedecer, si no hay certeza moral de que la acción es mala.

Pero aquí debo advertirte que no

deja de ser ciega la obediencia cuando el súbdito representa al prelado sencillamente los inconvenientes que se le ocurren sobre lo que se le ordena. No sólo no es imperfección, sino que algunas veces es obligación el instruir al prelado (ó prelada), porque puede haber inconvenientes y aún daños graves en callar. Por ejemplo: si la persona religiosa está gravemente enferma, está obligada á dar cuenta para que la curen; si una comida le hace daño grave, debe excusarse de tomarla; cuando el trabajo ú ocupaciones que impone la obediencia exceden la posibilidad moral, de modo que no pueden cumplirse sin grave peligro ó detrimento, lo hará presente al prelado. Para no abusar de este consejo, observe estas reglas: 1.^a Encomendarlo antes á Dios, para que no le engañe el amor propio.—2.^a Consultarlo con su confesor; y si no hay oportunidad, con algún religioso prudente y virtuoso (si es monja, con alguna de las religiosas prudentes).—3.^a En el caso de representar, hágalo con humilde y apacible moderación. 4.^a Estar en su interior santamente resignado, porque á veces permite Dios que los prelados se equivoquen y obren indiscreta y hasta cruelmente, para que los súbditos tengan mayor mérito, más heroica obediencia y más probada paciencia. Si en alguna ocasión el prelado obrase tan desordenadamente que no pudiesen tolerarse sus demasías (especialmente si son contra la observancia), entonces convendría escribir *ócultamente* al prelado superior, aconsejándose antes de persona virtuosa y discreta.

«3.^a La obediencia ha de ser pronta. San Bernardo dice que el verdadero obediente no sabe detenerse un momento para cumplir lo que le mandan; no dice *mañana, después, luego*, sino que aplica el oído para oír, los ojos para ver, la lengua para responder, las manos para la obra, los pies para el camino, y casi previene y

toma por la mano al que le manda. Así lo ejecutaban los santos monjes que vivían en la soledad, los cuales, si estaban escribiendo, dejaban la letra comenzada cuando oían la campanilla ó la voz del superior que los llamaba á algún ejercicio. Para manifestar el Señor cuánto le agradaba la virtud de la obediencia, dice Santa Catalina de Sena, en sus *Diálogos*, que alguna vez sucedió que la letra comenzada se halló después completa y de oro la mitad que faltaba. Nuestro bienaventurado hermano Alberto el Grande nos aconseja que no sólo estemos prontos á los mandatos del superior, ó á la campana que hace señal (que todo es una misma cosa), sino también á cualquier *insinuación* de los superiores, haciendo lo que sabemos ó conocemos que es su voluntad, como si fuera expresamente mandado.

«4.^a La obediencia ha de ser estrenua, esforzada y valerosa. Hay algunos religiosos que obedecen sin gran dificultad cuando les mandan cosas ligeras y fáciles; pero cuando son arduas y difíciles, ó no las hacen, ó alegan mil excusas y pretextos, ó las hacen con tanta repugnancia y malos modales, que afligen al prelado, y muchas veces por no ver malas caras, ó por evitar ofensas de Dios, no se atreven á mandarles, ó les quitan los oficios que les dieron. El religioso obediente, cuando oye la voz del prelado, se persuade de que aquélla es la voz y la voluntad de Dios; y como Dios tiene poder y gracia para ayudarnos, se reviste de santa fortaleza, levanta los ojos al cielo, esfuerza su esperanza en el Señor, y emprende con lo más difícil, colocando toda su confianza en Dios, á quien obedece.»

A continuación pondré la impugnación de lo que sobre la obediencia ciega dice el muy Rdo. P. Fr. Francisco Cuadrado.